

2005

El habla

Hernán Arias

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Arias, Hernán (Primavera-Otoño 2005) "El habla," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/26>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

El habla

Se despertó sobresaltada, estiró el brazo y el contacto con su propio cuerpo la tranquilizó. El alivio fue como una descarga: suspiró. Venía de un lugar extraño y peligroso, pero ya estaba a salvo. Se sintió a salvo y volvió a suspirar. Despacio, se llevó una mano a la cara y se refregó los ojos. Cuando los abrió, la oscuridad de su habitación le resultó familiar, como si estuviera cargada de imágenes. Callada, sonrió, y por unos segundos se quedó muy quieta, casi sin respirar. Volvió a sonreír y llevó los ojos vacíos de un extremo al otro de la habitación. Le gustaba hacer eso en la oscuridad. Mover los ojos de un lado al otro y después dejarlos fijos en algún lugar, de golpe, hasta que empezaba a ver los colores. Siempre le había parecido que cada color – incluso el negro – podía descomponerse en todos los demás. Para eso repetía el ejercicio: para probárselo. Estaba todavía con los ojos fijos cuando lo escuchó resoplar. Se había acomodado en la cama. Se había dado vuelta y – supuso – ahora debía estar dándole la espalda. Ella movió apenas el brazo para rozarlo. Sintió su piel bajo las sábanas y supo que estaba dado vuelta, pero no lo acarició. Estaba muy bien así, sola y sin hablar, en medio de la oscuridad. Por eso no lo despertó. Movié el brazo hacia ella y apoyó la mano sobre su propio vientre. Lo sintió frío y extraño, como si fuera ajeno. Después de un momento dejó caer los dedos hacia un costado y se acarició la cadera. Le pareció que había engordado – la curva de su vientre era más pronunciada. Después subió la mano deslizando – despacio y suavemente – las yemas de los dedos sobre su piel hasta tocarse un pecho. – Sus tetas eran redondas y firmes como naranjas. Juan siempre le había dicho que eran perfectas –. Se lo rodeó con los dedos y lo apretó apenas, casi sin hacer fuerza. En ese instante sintió una puntada. Volvió a

recorrer la oscuridad con los ojos abiertos antes de notar sobre su mano algo acuoso. Pensó que era saliva. Parecía ser un poco de saliva sobre el dorso de su mano, justo entre el dedo pulgar y el índice que apretaban el pecho. Mientras los separaba, con la mano libre levantó la sábana y llevó la mano húmeda muy despacio hasta la altura del cuello, sin inclinarla. Después prendió el velador. Una luz pálida y granulosa iluminó la habitación. Tuvo que esperar a que sus pupilas terminaran de acomodarse al resplandor para fijar la mirada. Entonces acercó la mano a la lámpara. No parecía saliva. El líquido era demasiado blanco y espeso para ser saliva. Además tenía mal olor, un olor penetrante. Acercó todavía más la mano a la lámpara y se convenció: era pus. Dos gotas blancas y ovaladas. Terminó de destaparse y en un movimiento rápido se sentó. Dejó escapar un suspiro y cerró los ojos. Estuvo un largo rato en esa posición. En su mente se formó de pronto la imagen de una mujer desnuda. No era ella. Era una mujer joven pero desconocida, y no estaba muerta. La mujer dormía desnuda en una cama muy blanca, y no estaba muerta. Ella estuvo viendo esa imagen hasta que se levantó. Lo hizo bruscamente y sintió de golpe el peso de su cuerpo sobre las piernas: por una fracción de segundo le pareció que se iba a caer – en ese instante desapareció la mujer de su mente. Pero dio un paso hacia delante y se estabilizó. Entonces caminó hasta la cocina. Cuando salió del dormitorio sintió una corriente de aire en los brazos y en las piernas: había quedado entreabierta la banderola del baño. Entró y la cerró. Por un instante miró el cielo a través del vidrio: todavía era noche cerrada; seguramente faltarían un par de horas para que saliera el sol. Antes de dejar el baño se miró en el espejo. Demoró unos segundos en reconocer sus propios rasgos. Entonces volvió a pensar en la imagen de la mujer. No era ella, definitivamente. Había algo extraño en esa imagen, cierto misterio, pero no consiguió descifrarlo. Se levantó la remera por encima de las tetas y estuvo un momento observando el pecho del que le había salido pus. No había nada anormal en él: el tamaño y la forma no diferían del otro. Volvió a apretárselo, muy despacio, pero no salió nada. Tampoco sintió dolor. Lo hizo de nuevo, ejerciendo mayor presión, y esta vez lo sintió. No quiso encender la luz. Le pareció que era suficiente con el dolor, y dejó caer la remera. Cuando salió al pasillo oyó resoplar a Juan. Por un instante pensó en volver a la cama, para que no se alarmara si se despertaba, pero no lo hizo. Caminó sin hacer ruido hasta la cocina, buscó los fósforos y encendió una hornalla. Lo había hecho de un modo automático: no sabía para qué iba a poner agua a calentar. Las llamas azules iluminaron las paredes de la estrecha cocina del departamento por unos segundos, mientras ella cargaba la pava. Después la puso sobre el fuego y buscó una taza en la alacena. La taza tenía una inscripción: «De esta taza sólo toma Juan», decía. Tal vez porque había leído esa leyenda muchísimas veces, consiguió hacerlo una vez más ahora, con la luz apagada. De esta taza sólo toma Juan, pensó, y

sonrió. Había comprado esa taza hacía unos años, en su luna de miel, en la plaza de un pueblo de las sierras. Se la había regalado a Juan esa misma noche, en la cabaña, durante la cena. Esa taza tenía un valor especial para ellos: había sido su primer regalo de casados. Desde entonces, Juan había desayunado todos los días con su propia taza. Ella recordó vagamente la historia de la taza y volvió a sonreír. Apoyó las manos en la mesada y se reclinó hacia delante. Dejó caer la cabeza y suspiró. La mujer no estaba muerta, sólo estaba cansada. El agua hirvió y la pava dejó escapar una delgada columna de humo por el pico. El humo le pareció más blanco y espeso en la penumbra. Apagó el fuego y volvió a abrir una de las puertas de la alacena para buscar el frasco donde guardaba los saquitos de té. Era un frasco grande y cuadrado, con una vaca completamente blanca pintada en una de sus caras. Mientras giraba la tapa observó el dibujo. Nunca le había prestado atención. Se llevó el frasco muy cerca de los ojos para ver si efectivamente era una vaca. Lo comprobó. Después buscó un saquito de té y lo dejó caer adentro de la taza. Tapó el frasco y lo guardó. Echó el agua sobre el saquito y se quedó viendo por un momento las siluetas que dibujaba el vapor. No había ningún sentido en esos dibujos. No había nada que descifrar en ellos. No eran como la vaca del frasco, tampoco como la mujer en la cama. No había nada que esperar de las siluetas que trazaba el vapor. Buscó una cuchara y el azúcar y caminó hacia el pasillo y después en dirección al comedor. Dejó la taza y la azucarera sobre la mesa, separó una silla sin hacer ruido y se sentó. Por el ventanal que daba al balcón entraba un destello de luz, y de a ratos se oía el rumor de algún auto que pasaba rápido por la avenida. Tomó el té mirando hacia las fachadas oscuras de los edificios vecinos. Después se levantó y caminó, llevando la taza, hasta el ventanal. Desde donde estaba podía ver la calle vacía y, en la esquina, las luces intermitentes de los semáforos. Todo estaba quieto y en silencio allá abajo, como si la ciudad, de pronto, hubiera sido abandonada, como si no hubiera nadie. Por un segundo sintió ganas de vestirse y bajar para caminar por la ciudad vacía. Caminar sin ningún destino, simplemente dejándose llevar por las calles hacia otros lugares. El aire debía estar fresco y los pájaros a punto de empezar a cantar. Lo pensó todo en un segundo, pero no lo hizo. Había sido apenas una ilusión. Sabía que si bajaba iba a encontrar al guardia del edificio sentado junto a la puerta, leyendo alguna revista o completando un crucigrama, y que le preguntaría si todo estaba bien, si necesitaba algo y ese tipo de cosas. Sabía que el diariero del puesto la saludaría, y le haría alguna broma porque se había levantado demasiado temprano, y que posiblemente sucedería lo mismo con el verdulero. Se sintió molesta por todo eso: pensó que, de alguna manera, estaba encerrada en su propia casa. Entonces estiró la mano y abrió el ventanal. Una brisa fresca le tocó la cara y se sintió mejor. *No debía preocuparse*. Dio dos pasos y se apoyó en la baranda del balcón. Miró hacia abajo: la fachada de su

propio edificio cayendo en picada le dio vértigo. Aferró los dedos de su mano libre a la baranda y cerró los ojos. Despacio, se echó para atrás. Llevaba sólo una remera y la bombacha, y cuando abrió los ojos notó que en las piernas se le había puesto la piel de gallina. Pensó que debía haber sido por el susto, y suspiró muy hondo para tranquilizarse. Después de un rato miró hacia un lado y hacia el otro, y notó que las luces de los edificios vecinos estaban todas apagadas, menos una. Era una luz muy tenue, amarilla, que salía de una lámpara de metal e iluminaba una ventana cuadrada, sin cortinas y sin balcón. Se quedó mirándola. Esperando que, en algún momento, se recortara una silueta contra esa luz. Mientras lo hacía, pensó que se había equivocado al suponer que la ciudad había sido abandonada, y sonrió. *Tampoco debía preocuparse por eso.* El cuadrado de luz amarilla de la ventana permaneció igual por mucho tiempo: no apareció ninguna silueta. Ella estuvo mirándolo, expectante, hasta que reconoció la forma de la lámpara y la luz. La había estado viendo desde otro ángulo, pero eran las mismas. Estaba completamente segura. Se sintió confundida y apoyó la taza en la baranda del balcón. Necesitaba las dos manos libres para afirmarse: estaba algo mareada – había fijado demasiado tiempo la vista en un mismo punto. Se aferró a la baranda y volvió a mirar. No tenía ninguna duda: eran la misma luz y la misma lámpara, idénticas, vistas desde otro ángulo. Entonces pensó en entrar al comedor. Le pareció que había aumentado la claridad y estaba frío. Un auto pasó muy rápido por la avenida y las cubiertas chillaron contra el pavimento cuando dobló. El rumor del motor fue desapareciendo poco a poco, cada vez más lejos, perdiéndose en la ciudad. Pero ella no le prestó atención. *No debía preocuparse por eso.* Dio un paso atrás para volver al comedor, y estaba a punto de hacerlo cuando vio la taza. Había quedado en la baranda del balcón. Una forma suave y definida contra el fondo borroso y áspero de los edificios. Desde donde estaba volvió a leer lo que decía: «De esta taza sólo toma Juan», y sonrió. ¿Qué significaban esas palabras? ¿Qué significaba esa taza en el borde del balcón? Estaba buscando esas respuestas cuando escuchó la voz de Juan llamándola desde el dormitorio.